

LA CAÍDA DE LOS IDEALES

Por H.P. Blavatsky

En el mundo ilusorio donde opera la ley de la evolución, nada puede ser más natural que los ideales del HOMBRE -como una unidad del todo, o la humanidad- que están siempre cambiando. Una parte de la Naturaleza que le rodea, esa proteica y siempre cambiante Naturaleza, cuyos componentes se hallan cada uno en incesante transformación, en tanto que su armonioso cuerpo permanece como un todo. Como esas partículas, y siendo siempre el mismo, el hombre está continuamente cambiando física, intelectual, moral y espiritualmente. En determinado momento está en el tope más alto de su círculo de desarrollo; en otro, en el más bajo. Y, en la medida en que se levanta y se hunde, su naturaleza moral responde expandiéndose o contrayéndose; su código moral en ocasiones personifica los ideales y aspiraciones más nobles y altruistas, en tanto que otras veces, la conciencia que le rige reflejará sólo egoísmo, brutalidad y carencia de fe. Pero esto, sin embargo, ocurre solamente en el plano externo e ilusorio. En su constitución interna, o mejor dicho *esencial*, ambos --la Naturaleza y el hombre-- son uno y la esencia de ambos es idéntica. Todo crece, se desarrolla y se esfuerza para lograr la perfección en los planos externos anteriores o, como bien lo expresa un filósofo, se encuentra “siempre en transformación”. Pero en el plano ultrínimo de la esencia espiritual, todo ES, y en consecuencia permanece Inmutable. Es hacia este eterno *Esse* que todo y cada ser gravitan gradual e imperceptiblemente, pero tan seguros como este Universo de estrellas y mundos, que se mueve hacia un misterioso punto conocido, pero no nombrado aún por la astronomía, llamado por los ocultistas el *Sol Central Espiritual*.

De ahí que se haya hecho presente en cada edad histórica la existencia de un amplio vacío, casi un abismo, que yace entre la perfección ideal y la práctica. Sin embargo, de tiempo en tiempo, grandes seres han aparecido en la Tierra para enseñarle a la humanidad a mirar más allá del velo de la ilusión, y el hombre aprendió que ese abismo no era algo infranqueable, y que le corresponde a la humanidad, mediante sus razas más elevadas y espirituales, ir llenando más y más el gran precipicio en cada ciclo venidero; porque cada hombre tiene, como unidad, el poder de añadir su aporte para contribuir a llenarlo. Y sin embargo hay hombres que, a pesar de la situación moral caótica del mundo, y del lamentable *deshecho* que queda de los mejores ideales humanos, aún persisten en creer y enseñar que el ideal humano de ahora no es un sueño, sino una ley de

naturaleza divina; y que aunque la humanidad tenga que esperar millones de años para ello, de todos modos algún día lo conseguirá y se transformará de nuevo en una *raza de dioses*.

Entretanto, las periódicas subidas y bajadas del carácter humano en los planos externos tienen lugar ahora como mismo lo tuvieron antes, y la percepción corriente del hombre es demasiado débil para percibir que ambos procesos ocurren en un plano cada vez más alto que el que le precede. Pero como tales cambios no siempre son resultado del trabajo de siglos, ya que hay cambios drásticos provocados por rápidas fuerzas activas –por ejemplo, por guerras, especulaciones, epidemias, la devastación del hambre o el fanatismo religioso– las ciegas masas se imaginan que el hombre es, fue y será el mismo de siempre. A los ojos de nosotros, apenas lunares, la humanidad es como nuestro globo terráqueo –aparentemente estacionario. Y, sin embargo, ambos se mueven en el espacio y el tiempo con igual velocidad, tanto alrededor de sí mismos como *hacia adelante*.

Más aún, en cualquiera que sea el final de esta evolución, desde el nacimiento de su conciencia, el hombre de hecho fue, y aún es, el vehículo de un espíritu dual en él, bueno y malo. Como las hermanas mellizas del gran poema póstumo de Víctor Hugo, “Satán” –la prole que surge respectivamente de la Luz y la Oscuridad –los ángeles “Libertad” e “Isis Lilith” han escogido al hombre para su permanencia en la Tierra, y ambos representan en él la eterna lucha.

Las iglesias enseñan al mundo que el hombre “nace con pecado”, y San Juan (en su Primera Epístola, III, 8) añade que “quien cometiere pecado es del diablo, porque el diablo pecó desde el principio”. Aquellos que aún creen en la fábula de la costilla, la manzana y Satán, el ángel rebelde, creen de hecho en un diablo personal como contraste –en una religión dualista– con un Dios personal. Nosotros los teósofos de la escuela oriental no creemos en ninguno de los dos. Y aún así, vamos tal vez más lejos aún que la letra muerta de la Biblia, porque decimos que si bien como entidades extra-cósmicas no existen Dios ni diablo, ambos, si embargo, existen. Y añadimos que ambos viven en el hombre en la Tierra, siendo el diablo, de hecho, *el hombre mismo* que es, como ser físico, el verdadero vehículo del *mal*, y como entidad espiritual –Dios, o el *bien*. De modo que decirle a la humanidad : “Usted tiene al diablo adentro”, es pronunciar una verdad tan metafísica como decir a todos los hombres: “¿Acaso no sabéis que Dios mora en vosotros?” Ambas declaraciones son verdad. Pero nos hallamos en el punto de cambio de un gran ciclo social, y es el hecho anterior el que domina actualmente. Sin embargo –y parafraseando el texto Paulino– “habrá muchos

diablos... pero hay un solo Satán”, de modo que si bien tenemos una gran variedad de diablos constituyendo la humanidad colectivamente, caracteres satánicos tan grandiosos como los que pintan Milton, Byron y recientemente Víctor Hugo, hay muy pocos, si es que los hay. En consecuencia, y debido a semejante mediocridad, se van desplomando los ideales humanos, permaneciendo sin reemplazo, con una vida prosaica tan muerta espiritualmente como la niebla de Londres en noviembre, y tan viva como el brutal materialismo y los vicios, los siete pecados capitales formando sólo una porción de éstos, tal como la niebla acarrea mortales microbios. Actualmente nos es raro hallar aspiraciones en relación con el ideal eterno del corazón humano, y en su lugar cada pensamiento tiende a una idea central en nuestro siglo, el gran “Yo”, el ego inferior siendo para cada cual un poderoso centro alrededor del cual se hace girar todo el universo.

Cuando el emperador Juliano –llamado apóstata porque, creyendo en los grandes ideales de sus progenitores, los Iniciados, no aceptaba el concepto antropomórfico humano que de ahí surge– vio por última vez a sus amados dioses aparecérselo, lloró. Por que ya no eran los brillantes seres espirituales que él había reverenciado, sino las sombras pálidas, decrepitas y desgastadas de los dioses que él tanto había querido. Tal vez constituían la visión profética de los ideales de su época que desaparecían, como también ocurre con los de nuestro propio ciclo. Esos “dioses” son ahora considerados por la Iglesia como *demonios* y tildados de tales; en cambio, quienes han preservado un poético y persistente amor por ellos, son estigmatizados como Anticristo y moderno Satanás.

Bueno, Satán es un término elástico y nadie hasta el momento ha proporcionado ni siquiera una aproximada definición lógica del significado simbólico del nombre. El primero en hacerlo antropomórfico fue John Milton. Él es el verdadero padre putativo intelectual de la idea, tal y como se acepta que el Satán *teológico* de la Caída es el “Hijo Nacido de la Mente”, del ciego poeta. Despojado de sus atributos teológicos y dogmáticos, Satán es simplemente un *adversario*; no necesariamente un “archi- perverso” o un “perseguidor de hombres”, sino posiblemente un enemigo del mal. Puede en consecuencia transformarse en un Salvador de los oprimidos, un campeón de los débiles y los pobres, aplastado por diablos menores (hombres), los demonios de la avaricia, el egoísmo y la hipocresía. Michelet le llama el “Gran Desheredado” y lo lleva a su corazón. El Satán gigante de concepto poético es, en realidad, sólo un conjunto de toda la intelectualidad insatisfecha y noble de la época. Pero Víctor Hugo fue el primero en concebir intuitivamente la verdad oculta. Satán, en su poema de ese nombre, es en verdad una entidad grandiosa, con suficiente de humano en él

como para ser posible de comprender por intelectos promedio. Comprender los diversos Satanás de Milton y Byron es como tratar de asir un puñado de niebla matinal; nada hay de *humano* en ellos. El Satán de Milton guerrea con ángeles, que son una especie de muñecos sin espontaneidad, impulsados al escenario del ser y la acción por la cuerda invisible de la predestinación teológica. El Lucifer de Hugo libra una aterradora batalla contra sus propias y terribles pasiones y nuevamente se transforma en un Arcángel de Luz, después de las más atroces agonías jamás concebidas por la mente humana y grabadas por la humana escritura.

Todos los demás ideales satánicos palidecen ante su esplendor. El Mefistófeles, de Goethe, es el verdadero diablo de la teología; el Ariman, el “Manfred” de Byron, un ser demasiado sobrenatural, e incluso Manfred tiene poco en común con el elemento humano, aunque grande haya sido el genio de su Creador. Todas estas imágenes palidecen ante el Satán de Hugo, que ama con la misma intensidad conque odia. Manfred y Caín son las encarnadas *Protestas* de la oprimida, abusada y perseguida individualidad contra el “Mundo” y la “Sociedad” –esas malevolencias gigantes y monstruos salvajes de injusticia colectiva. Manfred es el tipo de una voluntad indomable, orgullosa, que no cede ante influencia alguna, terrestre o divina, valorando su completa y absoluta libertad de acción por sobre cualquier sentimiento personal o consideración social, más elevada que la naturaleza y todo lo que hay en ella. Pero tanto con Manfred como con Caín, el Ser, el “Yo”, es siempre lo primero. Y no hay en ellos una sola chispa del amor que todo lo redime, no hay más que miedo. Manfred no se someterá ni siquiera al Espíritu del Mal; sólo, cara a cara con el oscuro oponente de Ahura Mazda –la Luz Universal– Ahriman y su inagotable ejército de oscuridad, aún es capaz de defenderse con éxito. Estos tipos despiertan en uno una intensa sensación de maravilla, un estupefacto asombro ante su audacia que todo lo desafía, pero no despiertan un sentimiento humano; son *ideales demasiado sobrenaturales*. Byron nunca pensó en vivificar su Arcángel con esa inmortal chispa de amor que forma –no, que *debe* formar– la esencia del Primer Nacido que surge de la homogénea esencia de eterna Armonía y Luz, y que es el elemento de perdón reconciliador incluso en (y de acuerdo con nuestra filosofía) su última progenie terrestre, la Humanidad. La discordia es el concomitante de la diferenciación, y Satán, estando en evolución, debe en ese sentido ser un adversario, un contraste, siendo un tipo caótico de materia. La esencia del amor no puede ser extinguida, sino tan sólo pervertida. Sin este poder de redención salvador, personificado en Satán, éste aparece simplemente como un fracaso sin sentido, tildado por oponentes de la teología cristiana burlona y muy justamente, de imbécil omnipotente y omnisciente; y con ello se transforma en una entidad

pensable, los *Asuras* de los mitos puránicos, los primeros *alientos* de Brahma, quienes, después de luchar contra los dioses y derrotarlos, son ellos mismos finalmente derrotados y lanzados a la Tierra, donde encarnan en la Humanidad. Como consecuencia, la Humanidad Satánica se hace comprensible. Después de moverse alrededor de su círculo de obstáculos puede, mediante la acumulación de experiencias y después de todas sus agonías, emerger nuevamente a la Luz, de acuerdo con lo que enseña la filosofía oriental.

Si Hugo hubiera vivido lo suficiente como para alcanzar a completar su poema, hubiera posiblemente podido, y ahora con un mayor discernimiento interno, fundir su concepto satánico con aquel de las razas arias, que originó todos los poderes menores, buenos o malos, que nacen al comienzo y mueren al concluir cada “Edad Divina”. Considerando que la naturaleza humana es siempre la misma, y que la evolución sociológica, espiritual e intelectual va paso a paso, es perfectamente posible que en vez de comprender la mitad del ideal satánico, como hizo Hugo, el próximo gran poeta la entienda por completo, con ello proclamando a nuestra generación la eterna idea del equilibrio Cósmico, tan noblemente enfatizada en la mitología aria. La primera mitad de ese ideal es suficientemente cercana al ideal humano como para hacer las torturas morales del Satán de Hugo enteramente comprensibles para el teósofo oriental. ¿Y cuál es el principal tormento de este gran Anarquista Cósmico? Es la agonía moral causada por una dualidad de su naturaleza – el profundo desgarramiento del Espíritu del Mal y la oposición procedente del inmortal elemento de amor prístino existente en el Arcángel. Esa chispa de amor divino por la Luz y la Armonía, que ningún ODIO podría jamás ahogar por completo, le inflige un tormento mucho más insoportable que el de su Caída y exilio por protestar y rebelarse. Esta brillante chispa celestial le hace visible para el lector intuitivo. Hizo que Víctor Hugo le viera sollozando presa de una desesperación sobrehumana, cada potente sollozo sacudiendo la Tierra de polo a polo; sollozos, inicialmente, nacidos de una desconcertada ira por no poder extirpar de su naturaleza el amor por la Bondad divina; que luego se tornan en un gemido de desesperación al verse desconectado del amor divino que tanto anhela. Todo esto es intensamente humano. Este abismo de desesperación es la salvación de Satán. En su Caída, una pluma que cae de su antes inmaculada ala es iluminada por un rayo de luz divina, y de ahí en adelante se transforma en un Ser brillante, el Ángel de la LIBERTAD. En consecuencia, es la hija de Satán, la criatura conjunta de Dios y el Arcángel caído, la prole del Bien y el Mal, de la Luz y las Tinieblas, y Dios reconoce esta “sublime paternidad” en común que les une. Es la hija de Satán quien lo salva. En la cumbre de la desesperación al sentirse odiado por la Luz, Satán oye las divinas palabras: “No. Yo no te odio”, dice la Voz: “Hay un ángel

entre nosotros, y sus buenas obras se te acreditan. El hombre, sometido por ti, es por él ahora salvado”.

Oh, Satán, puedes decir ahora: ¡viviré!
Ven; el Ángel Libertad es tu hija y la mía;
¡Esta sublime paternidad nos une!...

Toda esta concepción es el florecer del idealismo metafísico. Este loto blanco de pensamiento surge ahora, como en las edades pasadas, de la podredumbre del mundo, de la materia generando *protesta* y LIBERTAD. Surge de nuestro propio medio y bajo nuestros propios ojos, desde el lodazal de la civilización moderna, fecundo lecho de virtudes contrastantes. De este pestilente suelo surgen los gérmenes de los que en último término se desarrollaron, los protestantes que niegan todo: los ateos, los nihilistas, los anarquistas, los terroristas. Malos, violentos, criminales pueden ser algunos de ellos, y sin embargo ninguno puede aparecer como una copia de Satán. Pero, tomando esta porción de la Humanidad con su corazón roto, desesperanzado, amargado, en un sentido colectivo, ellos son Satán mismo; porque él es la síntesis ideal de todas las fuerzas discordantes, y cada vicio o pasión humana separadamente no es sino sólo un átomo de su totalidad. En lo más profundo del corazón de esta totalidad satánica HUMANA arde la chispa divina, pese a todas las negaciones. Se le llama AMOR por LA HUMANIDAD, y es una ardiente aspiración por un reino universal de justicia – y de ahí, un latente deseo de luz, armonía y bondad. ¿Dónde encontraremos semejante chispa divina entre los orgullosos y los ricos? En la respetable sociedad y en la llamada correcta, ortodoxa, y religiosa porción del público, uno encuentra solamente un predominante sentimiento de egoísmo y deseo por riquezas a expensas de los más débiles y destituidos, y en consecuencia, paralelamente, una indiferencia ante la injusticia y el mal. Antes de que Satán, la PROTESTA encarnada, se arrepienta y se unifique con su prójimo en una Fraternidad común, toda causa de protesta tiene que haber desaparecido de la Tierra. Y ello sólo puede ocurrir cuando la Codicia, el Favoritismo, y el Prejuicio desaparezcan bajo el dominio del Altruismo y la Justicia para todos. La Libertad es hoy tan sólo una palabra vana en el mundo civilizado, y esta Libertad no es más que un astuto sinónimo para la opresión de unas personas por otras, y existe sólo para las castas, nunca para unidades. Para traer el reino de la Libertad, tal y como se contempla en el Satán de Hugo, el “Ángel de la Libertad” tiene que nacer concebido simultáneamente y en común amor y consentimiento, por la “más alta” casta de ricos y por la de las clases “bajas” –los pobres. En otras palabras, debe transformarse en la prole de “Dios” y de “Satán”, para así reconciliar a ambos.

Pero esto es Utopía en el presente. No puede tener lugar antes de que las castas de los modernos *Levitas* y su teología –fruto de un Mar Muerto de Espiritualidad– hayan desaparecido, y los sacerdotes del Futuro hallan exclamado ante todo el mundo, y en las palabras de *su* “Dios”:

Enfrento la noche siniestra, y en nada descanso,
Satán ha muerto, ¡renace Oh, LUCIFER CELESTIAL!

Traducción y Redacción: Eulalia M. Díaz